

III CONCURSO DE
RELATOS
«EL LEGADO DE
SANCHO PANZA»
2026

Relatos finalistas (10)


DIPUTACIÓN DE
CIUDAD REAL



SOCIEDAD CERVANTINA
DE ALCAZAR DE SAN JUAN

ACTA DEL FALLO DEL JURADO DEL CONCURSO DE RELATOS «EL LEGADO DE SANCHE PANZA»

3ª EDICIÓN - 2026

En Alcázar de San Juan, siendo las 20:00 horas del martes 15 de septiembre de 2026, en la sede de la Sociedad Cervantina de Alcázar de San Juan, de esta ciudad, se reúne el Jurado de la tercera edición del concurso de relatos «El legado de Sancho Panza», cuyos componentes se citan a continuación, para proceder al fallo del mismo, bajo la presidencia de D. Juan Bautista Mata Peñuela, presidente de esta Sociedad:

Presidente: D. Juan Bautista Mata Peñuela

Vocales: D. Carlos Mata Induráin

Dª. Estrella Blanco Escalera

D. Luis Miguel Román Alhambra

D. Alonso M. Cobo Andrés

D. Enrique Lubián Pozo

D. Constantino López Sánchez-Tinajero

Secretario: D. Manuel Rubio Morano

El Jurado agradece el interés demostrado en esta convocatoria literaria de carácter internacional a los **participantes de 26 países**: España, Argentina, Colombia, México, Chile, Cuba, Uruguay, Ecuador, Perú, Venezuela, Costa Rica, Bolivia, Brasil, Puerto Rico, República Dominicana, Alemania, Canadá, Estados Unidos, Guatemala, Bélgica, Grecia, Guyana, Italia, Luxemburgo, Nicaragua y Portugal (por orden del número de participantes).

Tras haber procedido en fechas anteriores a la lectura de los **543 trabajos presentados al Concurso**, y tras habiendo evaluado detenidamente los **14 trabajos seleccionados para la fase final**, los miembros del Jurado intercambian sus pareceres y DECIDEN

Otorgar los siguientes premios, distinguiéndolos con Diploma a cada uno de los finalistas:

10.- Tomás Jorge Pérez, *Sin escuderos no hay héroes* (Los Realejos-Tenerife, España)

9.- Eva Freire Seoane, *La medida* (Ponferrada-León, España)

8.- Diana de Lourdes Bes, *La herencia de la tierra nueva* (San José-Entre Ríos,

Argentina)

7.- **Yudid Bertha Iriondo Torrez**, *Pensamiento de Sancho Panza sobre las ínsulas que ya no existen* (La Paz, Bolivia)

6.- **Félix López Rodríguez**, *Los perros de Alcázar* (Roquetas de mar-Almería, España)

5.- **Israel Box Hernández**, *El hombre que volvía* (Archena-Murcia, España)

4.- **Paulo Nascimento Guerra**, *La última piedra* (Lisboa, Portugal)

3.- **Enrique Manuel Milanés León**, *El ingenioso escudero Sancho Panza de la Mancha* (Córdoba, Argentina)

También deciden otorgar el **segundo premio dotado con 300 euros y Diploma**, a **Brenda Lunar Villanueva** (Tamaulipas, México), por «*El legado que no volvió*».

Relato que reescribe el final canónico: Sancho no regresa a la aldea, sino que funda su propia voz en una venta, enseñando a leer y a alzar la frente. Aporta una relectura combativa y emancipadora del personaje, coherente con el espíritu del certamen de dar a Sancho protagonismo propio más allá de la sombra de su amo.

Texto emblemático para Alcázar. Define el legado de Sancho Panza: «*Mi verdadero gigante fue atestiguar cómo un hidalgo moría de amargura por persistir en ser bueno*». Epitafio propuesto: «*Aquí yace Sancho Panza, el hombre que aprendió a dejar de seguir y comenzó a guiar*». La desobediencia sublime de permanecer erguido.

Y deciden finalmente, otorgar el **primer premio dotado con 500 euros y Diploma**, a **Manuel Campos de la Flor** (Museros-Valencia, España), por su obra «*Liquidación*».

El trabajo ganador ofrece un planteamiento conceptual brillantísimo: un notario liquida cuatro siglos después la «deuda» de la ínsula prometida, y Sancho responde que lo que recibió no fue la isla, sino el no haberse acostumbrado al poder. Diálogo depurado, sin un adjetivo de más, que convierte una comparecencia notarial en una reflexión sobre la dignidad y el valor de lo vivido frente a lo poseído.

La relevancia de este relato es la dignificación del saber campesino: «*Antes sabía dónde acababa un barbecho, cuántas fanegas daría una tierra y quién mentía en un trato. Nadie llamaba juicio a eso. Lo llamaban maña de labrador. Empezó a llamarse prudencia el día que me sentaron en una silla*». Continúa con «*Me llamaron señor gobernador unos días. Mi ganancia fue no acostumbrarme*» y con «*Barataria no existió. Yo sí*», y cierra la narración autenticándolo con cruz en lugar de firma.

El jurado destacó la **alta calidad literaria** de los textos presentados, que abordan desde múltiples perspectivas la esencia del personaje creado por Cervantes, demostrando su

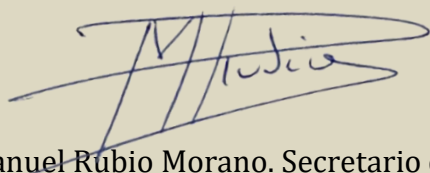
permanente actualidad y su capacidad para inspirar nuevas lecturas del mundo moderno.

La Junta Directiva de la Sociedad Cervantina de Alcázar de San Juan, se pondrá en contacto con los finalistas a fin de hacerles partícipes del resultado del concurso de forma individual, tal como se recoge en el apartado 12 de las Bases del Concurso.

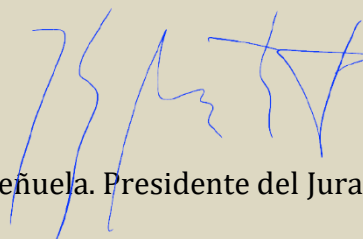
El presidente del Jurado, antes de dar por concluida la reunión, agradece a todos los componentes del mismo su valiosa aportación para que este Concurso haya resultado de una excelente relevancia, que haya alcanzado gran difusión y se haya extendido su notoriedad con participación de muchos escritores de todo el mundo, agradeciendo muy encarecidamente a todos los autores el envío de sus creaciones literarias.

También informa que, la lectura de este Acta con el Fallo del Jurado, se transmitirá a través de las redes sociales de Sociedad Cervantina de Alcázar de San Juan:

Y siendo las 23:30 horas del día arriba señalado, el presidente del Jurado da por concluida la reunión del Jurado Calificador del precitado Concurso, del que, como secretario del mismo, doy fe y levanto la presente acta, que suscribo y que se rubrica también con el visto bueno del presidente.



Fdo.: Manuel Rubio Morano. Secretario del Jurado



V.º B.º, Juan Bautista Mata Peñuela. Presidente del Jurado

Primer Premio 500 euros y diploma

MANUEL CAMPOS DE LA FLOR (Museros, Valencia – ESPAÑA)

Liquidación

El expediente sucesorio de Alonso Quijano llevaba cuatro siglos abierto por una sola línea.

La anotación ocupaba el último folio, debajo de una rúbrica desvaída:

Ínsula prometida a Sancho Panza por servicios de escudero. Pendiente de adjudicación.

La tinta se había vuelto parda; la obligación, no.

Al notario le habían encargado liquidar aquel resto de herencia antes de trasladar los protocolos al archivo. Los bienes esperaban junto a la ventana: una lanza carcomida, una adarga antigua, unas armas comidas por el orín y una bacía de barbero descrita, por cautela, como «objeto de naturaleza discutida». Valor comprobado: cero.

Solo faltaba extinguir la deuda.

Estaba redactando la diligencia cuando llamaron a la puerta. Entró un hombre ancho, de piernas cortas, con calzones pardos y un sayo que traía polvo de camino. Se quitó el sombrero y esperó de pie hasta que le señalaron la silla.

—Nombre y apellidos.

—Sancho Panza.

El notario cotejó el nombre con el expediente. Giró el folio hacia él. Sancho lo miró un momento y volvió a mirar al notario.

—Figura usted como acreedor de una ínsula.

—Eso parece.

—Debo advertirle que no es posible adjudicársela. Barataria no era una isla, nunca perteneció al causante y su gobierno formó parte de una burla organizada por unos duques. No se puede transmitir lo que jamás integró un patrimonio.

Sancho apoyó el sombrero sobre las rodillas.

—No vengo a que me la adjudique. Vengo a darla por recibida.

El notario dejó la pluma.

En veinte años había visto a dos hermanos repartirse una casa por el ancho de una pared y a una familia entera pleitear por una viña que ya no daba uvas. Volvió a leer la línea del folio.

—¿Quiere renunciar a la reclamación?

—No. Quiero que conste que la deuda fue pagada.

—No puedo certificar la entrega de un bien inexistente.

—La ínsula, no. El gobierno sí existió.

—Según los documentos, también el gobierno era parte del engaño.

—Burla fue —admitió Sancho—. Pero los pleitos no lo sabían.

El notario aguardó.

—Uno juraba haber devuelto diez escudos —prosiguió Sancho—. Mandé partir la caña en que se apoyaba y allí estaban las monedas. Las burlas eran de los duques; las sentencias, mías.

—Fueron ellos quienes lo nombraron gobernador.

—Ellos me dieron la silla para verme caer. Yo llegué a ella con una promesa que no era suya.

Por la ventana entraba un olor a paja caliente. El notario miró las manos de Sancho, quietas sobre el ala del sombrero.

—¿Considera que gobernarla equivale a haberla recibido?

Sancho tardó en responder.

—Antes de salir con don Quijote yo sabía dónde acababa un barbecho, cuántas fanegas daría una tierra y quién mentía en un trato. Nadie llamaba juicio a eso. Lo llamaban maña de labrador. Empezó a llamarse prudencia el día que me sentaron en una silla.

Pasó el pulgar por el ala gastada.

—¿Afirma que Alonso Quijano le dio ese juicio?

Sancho negó con la cabeza.

—La tierra no se vuelve fértil porque alguien la señale. Pero hay quien pasa junto a ella y solo ve terrones, y hay quien la imagina sembrada. Mi amo fue el primero en imaginarme gobernador.

El notario no escribió nada.

—Se equivocaba con gigantes, castillos y ejércitos; conmigo acertó. Antes deirme me aconsejó que no me avergonzara de mi linaje, que pesara más la compasión que el rigor y que no olvidara quién era. Para entonces ya había puesto mi nombre junto a una cosa imposible. A mí me tocaba averiguar si me venía grande.

—Y no le vino grande.

—Salí de Barataria con la ropa que llevaba y sin un maravedí ajeno. Si el gobierno me hubiera venido grande, habría salido cargado.

El notario volvió al inventario. En la casilla destinada a los bienes adjudicados escribió:

Bien: Ínsula Barataria.

Valor comprobado: inexistente.

—Lo que usted recibió, entonces, no fue la ínsula.

Sancho miró los bienes junto a la ventana. Se detuvo en la bacía un momento más que en el resto y no dijo nada.

—Me llamaron señor gobernador unos días. Mi ganancia fue no acostumbrarme.

El notario repasó las casillas del impreso: adjudicado, renunciado, litigioso. Ninguna servía.

—Para cerrar el expediente debo hacerle la pregunta exacta. ¿Se da usted por pagado?

Sancho miró el folio.

—Barataria no existió. Yo sí.

El notario tachó DEUDA INCUMPLIDA, escribió debajo DEUDA LIQUIDADA y le acercó el folio con la pluma.

—No sé escribir.

—Puede hacer una cruz. Yo doy fe.

Sancho trazó dos rayas cortas y tardó en levantar la pluma.

El sello cayó junto a la cruz.

Segundo Premio, 300 euros y diploma

BRENDA LUNAR VILLANUEVA (Tamaulipas, MÉXICO)

El legado que no volvió

Eso no lo cuentan los libros de caballerías ni los cronistas de palacio. Dicen las crónicas oficiales que regresé mansamente a mi casa, a los brazos de mi Teresa, al sosiego del arado y a la memoria amarga de una ínsula de cartón y burlas. Pero la verdad es otra, mucho más honda y callada: cuando mi señor Don Alonso Quijano rindióse por fin a la cordura y exhaló el último suspiro, yo me quedé petrificado a la puerta de su caserón con las alforjas vacías, el pecho partido y la certidumbre absoluta de que ya no tenía a dónde volver.

Durante años enteros fui la sombra receptora y paciente. Fui quien cargaba sobre sus lomos el pan duro, el queso rancio, el vino agrio y el miedo helado a los caminos; pero, sobre todo, fui quien encajó las palizas reales que iban destinadas a sus desvaríos nobles. Adiestrado para ser el refranero insustancial, el escudero glotón y el gracioso del entremés, acepté el papel que la comedia del mundo me asignó. Nadie se detuvo jamás a preguntarme si yo deseaba ser valiente o si albergaba pensamientos propios bajo la parda caperuza.

La misma tarde en que la vela de mi amo se apagó definitivamente, el cura del lugar se me acercó en el patio, me puso la mano en el hombro con condolencia rutinaria y me dijo: "Sancho, concluyó la farsa; ya puedes retirarte a tus tierras a ser alcalde de ti mismo". Acto seguido, me depositó dos ducados en la palma como paga de mis largos servicios.

Con esos dos ducados no compré un trozo de tierra infértil ni reentré en el yugo de la rutina ignorante. Compré tinta fresca y varios pliegos de buen papel en una imprenta de Toledo.

Me encaminé entonces hacia una venta serena del camino de Alcázar —esta misma estancia luminosa desde donde ahora trazo con firmeza cada letra— y empecé a dictarme a mí mismo la verdadera crónica. Porque yo también presencié gigantes a lo largo de la Mancha. Solo que los míos jamás vistieron de molinos ni movían aspas al viento.

Mi verdadero gigante fue atestiguar cómo un hidalgo de noble sangre consumía sus días y moría de amargura por persistir en ser bueno e idóneo dentro de un mundo despiadado que ya no admitía hidalgos ni virtudes. Mi gigante fue observar la risa cruel de los duques y la aristocracia, divirtiéndose a expensas de dos pobres hombres que osaban soñar con

un orden justo. Mi gigante, en fin, fue desentrañar la terrible verdad de que la luminosa locura de mi amo constituyó la única cordura auténtica que le quedaba al género humano. Entonces me atreví a ejecutar lo que nunca antes osé: tomé la palabra y levanté mi propia voz sin intermediarios.

Comencé a relatar a los viajeros, arrieros y caminantes que pernoctaban en la venta no la comedia novelesca de Don Quijote, sino la lección sagrada que Don Quijote me enseñó a descifrar. A los pastores curtidos por el raso les enseñé a mantener erguida la frente ante los señores de la villa; a las mozas de la cocina les enseñé el misterio del alfabeto, incitándolas a leer contra el dictamen que las quería mudas; y a los niños hambrientos de historias les infundí el coraje de cultivar un amo soñador dentro de su propio pecho, pero advirtiéndoles fieramente que jamás permitan que ese amo se rinda, se deprima o muera cuerdo y triste.

Hubo quienes me tacharon de mentecato y loco. Otros muchos, no obstante, bajaron sus petates, escucharon atentos y decidieron quedarse a mi lado.

Teresa me envió un recado urgente rogándome que dejara los caminos y regresara al hogar de siempre. Le respondí con serenidad que ya había vuelto, pero a un territorio radicalmente distinto; que mi verdadera ínsula jamás consistió en el engaño de Barataria, sino en esta firme mesa de madera, esta jarra de vino compartido y esta lengua rebelde que por fin reniega de repetir viejos refranes ajenos para pasar a fundar sus propias verdades.

Hoy día me rodean discípulos verdaderos. No cabalgan tras de mí ni me demandan mercedes ni títulos; me escuchan con atención de iguales. Y el día que mi cuerpo cansado rinda su aliento final, no aceptaré un epitafio complaciente que rece: "Aquí yace Sancho Panza, el escudero fiel y paciente". Exijo en su lugar una piedra firme que proclame a los cuatro vientos: "Aquí yace Sancho Panza, el hombre que aprendió a dejar de seguir y comenzó a guiar".

Pues he comprendido al cabo de mi travesía que el auténtico legado de Sancho Panza no radica en la ciega fidelidad ni en el sometimiento resignado.

El verdadero legado es la desobediencia sublime de permanecer erguido cuando todos te exigen regresar, y haber encendido en los demás la chispa sagrada para que tampoco ellos vuelvan jamás a la sombra. querían chupar la sangre del cuerpo de la ínsula sin aportar nada. Y no creáis que la lucha fue fácil, que la lengua de un ocioso es más afilada que espada toledana."

"Al final, bendito sea Dios, me libré de ellos, que no de otra forma podía seguir adelante con mi gobierno sin que la ínsula se fuera al traste por culpa de sus

exigencias. Les di a entender, con la mayor cortesía de la que fui capaz, que sus 'valiosos consejos' ya no eran necesarios y que, si su deseo era gozar de la opulencia, mejor buscaran otro gobernador más dado a las trapacerías. Y así, con sus narices torcidas y sus barrigas medio vacías de los manjares que esperaban, se marcharon, dejando un aire de chismorreos y leche agriada que tardó en disiparse."

"Así que ya lo sabéis, amigos", concluyó Sancho, mirando a sus oyentes con una chispa en los ojos. "Gobernar no es solo mandar, sino también librarse de los parásitos. Que hay más peligros en los salones y los despachos que en los campos de batalla, y más veneno en las lenguas de los ociosos que en la picadura de un alacrán."

No me dio tiempo a contar este relato a mi señor Don Quijote, que Dios tenga en su gloria "

Y con estas palabras, Sancho dio por concluido su relato, dejando a sus oyentes con la imagen de un gobernador que había batallado no contra molinos de viento, sino contra la más insidiosa de las plagas: la de la indolencia y la corrupción vestidas de cortesía.

Finalista, tercer puesto: Diploma

ENRIQUE MANUEL MILANÉS LEÓN (Córdoba, ARGENTINA)

El ingenioso escudero Sancho Panza de La Mancha

Éramos vecinos, no nos veíamos mucho. Siempre supe que estaba desquiciado, que quien tenía «poca sal en la mollera» era él, pero no era cosa de contradecir la historia del señor Cervantes porque suya es la novela y más sabe el loco en su casa que el cuerdo en la ajena. Me sentía aburrido en el cortijo así que si me daban un papel mejor debía seguirlo al pie de la letra. A decir verdad, entendía más de pies que de letras.

El hidalgo me llevó a vivir lances de caballeros. ¿Quién lo haría sino él? ¡Tenía que estar loco! ¿Qué importaba un dislate más, un dislate menos? Mientras los otros valientes de su condición se tomaban las ínsulas completas, Don Quijote me prometió que cuando ganara alguna «en quítame allá esas pajas» él me sentaría en ella como gobernador. ¡Aquello me dio un orgullo! ¡Yo, con Teresa al lado! De otra manera no me hubiera separado de ella y los niños.

Nunca comprendí cómo cabían en aquel hombre tantos golpes, mordiscos, tundas y zarandeos. Le dieron miles, los que están en el libro y otros que ni el mismísimo manco que no era manco -pero sí sabía mucho del cuerpo roto- se atrevió a escribir con su pluma distinguida. Seguramente diría que era ya suficiente: en su héroe no había carne para un empujón más.

Yo vi brazos de gigantes, que eran aspas, lanzar por los aires a mi señor, vi a los galeotes que liberó no solo desagradecerle, sino negarse bellacamente a ir en su nombre ante Dulcinea, y hasta apedrearlo; vi a los pastores de un rebaño que él creía ejército atacarlo y romperle las viejas muelas.

Mil veces le dije que el retirar no es huir, ni el esperar es cordura. Sirvió de poco: ante mis ojos, arrieros yangüeses repartieron golpes a los caballos y a Don Quijote, que por no serlo quedó molido, y también vi a mi caballero ganarle al Vizcaíno de una manera tan novelesca que quedó en el campo parte de la oreja del vencedor. De todo vi, más qué quedaba sino decirle que en todo el mundo no había espadachín igual.

Pocos lo entienden: quería mi ínsula, pero en cada salida le quería más a él. Entre aventuras, a veces perdíamos el lugar del juicio, pero nunca el de la razón. Don Quijote tenía sus malas pulgas: en algún capítulo de cuyo argumento no quiero acordarme me dio varios estacazos; sin embargo, era fiel como un crío.

He de haber sido el escudero más estropeado de todos los libros de caballería. Ojalá que, también, el más leal. ¡Escriban lo que quieran, valió la pena!

Los lectores me aman... en segundo plano, detrás del foco. Por encima de mis ropas de labriego me pusieron la túnica estrecha de contrafigura, ensillaron un Rucio de papel y sobre él me echaron a cabalgar más allá de La Mancha, por todas las bibliotecas del mundo, para pulir el brillo del héroe que les da risa o les mete horror, jamás el mío. Lo percibo desde el envés de la página: soy el segundo, el bruto; entonces sonrío, que es mi manera de ser más listo.

Nadie quiere un caballero gordo. Mi señor no tuvo culpa en eso. Todos aman al que lleva la adarga, al que carga a la dama, al de cuerpo ágil que avanza entre los canallas a Dios rogando y con el mazo dando. O con la espada. Es lo que buscan, aunque al girar se burlen del ídolo magullado.

En tiempos de tierras sin labriegos y campesinos a dieta, quién respetaría la estampa obesa del que dejó todo para seguir el sueño que no tenía. ¿Me haría espacio Don Miguel en su novela ahora que todos saben que soy personaje de talla grande?

Ya sé que los que buscan aventuras no siempre las hallan buenas. Lo más extraño en las nuestras, obra segura de algún malandrín encantador, es que mientras mi señor se bate en desventaja con un bribón y, bajo mi sombrero, yo intento evitar los golpes, desde fuera del libro llega un canalla que intenta enfrentarnos al amo con el escudero.

Sobrevivimos a tantas páginas y a muchos años porque estábamos juntos; mi señor con sus libros; yo, con proverbios: El que lee mucho y anda mucho, ve mucho y sabe mucho. Ni un sabio mago puede separarnos, como no pueden apartar el trote de Rocinante del de mi Rucio. Somos tenacidad con duda; mi señor no es adivino ni yo mentecato. Así cambiamos el mundo.

¡Sus Mercedes, soy Sancho Panza, el paisano que no abandonó al amo! Nos separamos apenas cuando goberné en mi ínsula, guiado por sus consejos. Por varios capítulos, juzgué y fui juzgado y peleé por la tierra hasta que volví a Don Quijote.

Así cabalgamos siempre: yo con el corazón en casa; él, con el ansia en el horizonte. Teníamos todo para ganar, por eso le sermoneé cuando, en su lecho mortal, me pidió perdón por hacerme creer en el error de que hubo y hay caballeros andantes en el mundo. ¡¿Error?!

Esa renuncia no podía aceptarla. Le dije perezoso, lo mandé a levantarse y lo invité a ir al campo vestido de pastores para ver si al fin encontrábamos a Dulcinea desencantada. ¡Ni con esas!

Ahí fue donde supe que se moría. No bastó prevenirle de algún desánimo ni recordarle que entre valientes es ordinario derribar y caer. Hecho su testamento, Don Quijote de La Mancha se fue del mundo con otro nombre; amado y desconocido, aborreciendo las historias de caballería que elevó a gloria sin par. Fue la muerte menos heroica de un caballero andante. No pude entenderle semejante aventura.

Al Quijote solo pudo matarlo la incredulidad humana. Decidí enterarme: con el tiempo, entre labranza y cosecha, aprendí a leer. Comencé por sus libros, que afirmaron la infinita cordura de mi señor. Antes que él, todos los caballeros, por grandes que fuesen, estuvieron solos porque no hallaron un escudero de almas. ¡Él y yo, juntos!

Si hablé tanto de mí es porque hoy soy el que parte. Para el cura, el barbero y el bachiller Sansón Carrasco será tristeza repetida, pero no tanto como para Teresa, mi Sanchico y mi Sanchica. El Rucio comprenderá. Muero en mi ley, sin renegar de cuantas aventuras viví. Lego al mundo todos mis refranes.

Las obras hacen linaje. Me espera el cielo de un lugar de La Mancha de cuyo nombre aún no puedo enterarme para reunirme con un hidalgo de los de lanza en astillero, adarga antigua, rocín flaco y galgo corredor. Ya sé que no quepo en su armadura, pero lo advierto: no dudaré en ofrecerle una ínsula Barataria con tal de que acepte ser mi escudero.

Finalista, Cuarto puesto: Diploma

PAULO NASCIMENTO GUERRA (Lisboa, PORTUGAL)

La última piedra

Cuando Alonso Quijano murió, nadie volvió al molino. La gente prefiere visitar sepulturas. Los lugares donde fuimos felices exigen más valor. Sancho tampoco volvió. Solo regresó cuando el cuerpo empezó a caminar más despacio que la memoria.

El molino seguía en pie, más viejo y más inclinado. Las aspas, inmóviles contra el cielo, parecían haber renunciado al viento mucho antes de que el viento renunciara a ellas. La cal había desaparecido y la madera se abría en grietas hondas. Pequeños mechones de hierba crecían junto a las piedras de la base.

Sancho se acercó. La madera lo había olvidado. Él no había olvidado la madera. Apoyó la mano en una de las vigas. Estaba tibia por el sol. Durante un instante tuvo la absurda impresión de que algo respiraba al otro lado. Sonrió. Después sacó de la alforja una pequeña pala. Se arrodilló con dificultad y empezó a cavar junto al molino. No tuvo que buscar mucho. La tierra, seca en la superficie, se abrió pronto. Bastaron unos pocos golpes para liberar un olor húmedo, antiguo, casi intacto. Hay olores que regresan antes que la memoria. La pala chocó contra algo. Hierro contra piedra.

Sancho quedó inmóvil. Apartó la tierra con las manos y la encontró. Una piedra oscura, del tamaño de un puño. Pasó los dedos por su superficie. Hacía muchos años que había dejado de darle un nombre. Y entonces volvió la noche. Habían caminado desde la mañana. Rocinante cojeaba. El burro avanzaba con la cabeza baja. Hasta los animales se cansan de los sueños de los hombres.

Cuando llegaron al molino, Don Quijote se detuvo. Sancho esperó la palabra de siempre. Gigante. Pero no llegó. El caballero permaneció mirando las aspas inmóviles. La lanza seguía baja. El rostro parecía más pequeño dentro de la armadura.

Después dijo: —Quizá tengas razón, Sancho.

Sancho lo miró. —¿En qué, mi señor?

Don Quijote tardó en responder. —Quizá no sean más que molinos.

El silencio tardó en responder. El viento pasó entre las vigas. Ninguno de los dos habló. Sancho sintió una especie de frío, aunque la noche aún no había caído. Durante años había deseado oír una frase como aquella. Había deseado que su amigo viera por fin el mundo

tal como era. Pero, en aquel instante, comprendió que había deseado la cosa equivocada. No era una ilusión la que se apagaba. Era un hombre.

Se sentaron junto al molino. No encendieron fuego. A lo lejos, un perro ladró tres veces y volvió a callar. Don Quijote mantuvo los ojos fijos en la madera.

—Los busqué durante tanto tiempo... Tal vez no encontré nunca a ninguno.

Poco después se quedó dormido. Sin yelmo. Sin espada. Sin delirio. Parecía solamente un anciano, un hombre al que se habían acabado los gigantes. Sancho se quedó mirándolo. Se levantó, dio dos pasos, se detuvo y volvió atrás. Se sentó de nuevo a su lado. Bastaba con despertarlo. Bastaba con señalar el molino. Decir: —Mi señor... mirad bien.

Hay verdades que salvan el mundo. Y hay verdades que solo dejan a un hombre más solo. Don Quijote dormiría aquella noche. Y despertaría en el mundo. Sancho lo contempló durante largo rato. Después alargó la mano. La detuvo a pocos centímetros de su hombro. La retiró. Se levantó. Y entró en el bosque.

La luna apenas lograba atravesar las ramas. Sancho recogió unos palos secos y los partió sobre la rodilla. El chasquido quebró el silencio de la noche. Esperó. Don Quijote no despertó.

Partió otro. Y otro más. Los arrastró hasta el molino y los esparció por el suelo. Después buscó piedras. Escogió las más grandes, las más irregulares. Las levantaba con ambas manos, las apretaba contra el pecho y las dejaba caer junto a la base de la torre. Una de ellas le golpeó el pie. Se mordió el labio para no gritar. Cuando terminó, el terreno parecía removido por una fuerza descomunal. Aún no bastaba.

Eligió un árbol joven, inclinado hacia el camino. Empujó el tronco con el hombro. La madera gimió, pero resistió. Retrocedió unos pasos y volvió a lanzarse contra él. Una vez. A la segunda, sintió que algo se desgarraba dentro de sí. A la tercera, el árbol cedió. Cayó lentamente, arrancando consigo raíces y tierra. Sancho quedó sin aliento. Las manos le temblaban. La camisa se le pegaba al cuerpo. Miró sus manos. Estaban limpias. Se agachó. Recogió una piedra. Vaciló apenas un instante. Después la estrelló contra sus propios dedos. El dolor le recorrió el brazo. La sangre apareció oscura, caliente, casi avergonzada.

Sancho se acercó al molino y pasó la mano herida por la madera. Dejó caer unas gotas sobre la tierra. No muchas. Las suficientes. Cuando volvió junto a Don Quijote, el caballero seguía dormido. Sancho se sentó a su lado y esperó el amanecer.

Los primeros rayos tocaron las aspas. Don Quijote abrió los ojos. Tardó unos segundos en reconocer el lugar. Después vio las ramas partidas. Las piedras. El árbol caído. Los surcos

en la tierra. La sangre. Se levantó despacio. Se acercó a la madera marcada y apoyó la mano sobre ella. Sancho dejó de respirar. Don Quijote cerró los ojos.

Cuando volvió a abrirlos, había en ellos una luz que la noche anterior estuvo a punto de llevarse. —Lo sabía... —murmuró. Pasó los dedos por la mancha de sangre. Sonrió. — Llegamos tarde. Sancho miró sus propias manos heridas. Después miró a su amigo. —Sí, mi señor. Hizo una pausa. —Llegamos tarde.

Nunca volvieron a hablar de aquella mañana. Don Quijote reanudó el viaje con la alegría de quien había recuperado una parte de sí mismo. Volvió a hablar de caballeros, de ínsulas y de promesas. A veces detenía a Rocinante, miraba a Sancho y sonreía sin decir una palabra. Aquella sonrisa bastaba.

Años después, cuando Alonso Quijano murió, muchos dijeron que por fin había recobrado el juicio. Sancho los escuchó en silencio. No discutió. Hay discusiones que siempre llegan demasiado tarde. Ahora, junto al molino, sostenía la piedra entre las manos. El árbol ya no existía. La sangre había desaparecido. Las marcas de la madera habían sido devoradas por el tiempo.

Solo quedaba la piedra. Sancho se incorporó con esfuerzo. Se acercó al molino y apoyó la mano en el lugar donde, aquella madrugada, había dejado su sangre. Nada. Ni una cicatriz. Ni un recuerdo. Pasó el pulgar por la superficie de la piedra. Sonrió. Después la dejó en el suelo, apoyada contra la base del molino. Con cuidado. Como quien devuelve algo que solo le había sido prestado. Se dio la vuelta. Comenzó a bajar por el camino.

No miró atrás. Fue entonces cuando lo oyó. Piedra contra madera. Un único golpe. Seco. Nítido. Sancho se detuvo. Cerró los ojos. Durante un instante, regresó al valle el mismo silencio de aquella madrugada. Sonrió. No miró atrás. Siguió caminando.

Esta vez, por fin, ya no tenía que elegir.

Finalista, Quinto puesto: Diploma

ISRAEL BOX HERNÁNDEZ (Archena, Murcia, ESPAÑA)

El hombre que volvía

Antes de esto me preocupaban cosas que ahora me parecen inventadas. Me preocupaba llegar tarde al trabajo, que subiera la luz, que el banco me cobrara una comisión que no entendía, que el vecino pusiera el reguetón a todo volumen los domingos por la mañana bien temprano, olvidarme de comprar el té matcha sin gluten y sin lactosa o que el coche hiciera un ruido extraño al arrancar. Me preocupaba no tener tiempo. Era, probablemente, mi preocupación favorita: siempre iba con prisa, siempre había algo pendiente. Ahora las noches son eternas. Las cuatro de la mañana pueden durar una vida entera y las cinco parecen no llegar nunca. Hay horas que se quedan quietas en el reloj mientras escucho, desde alguna habitación contigua, un programa de radio de madrugada en el que alguien cuenta sus problemas a un desconocido, cuento las respiraciones que llegan desde la cama y escucho los pitidos de una máquina que hasta entonces solo había oído en series como *House* o *Anatomía de Grey*. Es extraño: ahora tengo todo el tiempo del mundo y, sin embargo, nunca había sentido que se acabara tan deprisa. Daría cualquier cosa por volver a aquellas mañanas en las que siempre llegaba tarde. Por las noches, cuando duermo, me siento en uno de esos sillones reclinables para acompañantes que hay junto a las camas. El que me ha tocado tiene una palanca lateral dura que, cuando la acciono, hace pasar el sillón bruscamente de estar sentado a una inclinación que no llega a ser una postura. El respaldo queda casi plano, no hay dónde apoyar la zona lumbar y el cojín se hunde justo en el centro, como si hasta el mueble estuviera diseñado para recordarte que no has venido a dormir. Entonces miro cómo cae una gota detrás de otra por el tubo transparente. La bolsa contiene un líquido de un naranja extraño, casi bonito si pudiera olvidar para qué sirve. A veces abre los ojos y me pregunta cuánto falta. No sé qué contestarle. Hace tres semanas que vivo en esta habitación. He aprendido el horario de las enfermeras, el sonido de las ruedas de los carros y la manera de distinguir, por los pasos que se acercan por el pasillo, si alguien viene a traer una noticia o simplemente a comprobar una máquina. Ha perdido el pelo. Al principio aparecía en la almohada como si fueran unas pocas hierbas secas. Después empezó a quedarse en el cuello del pijama, en la ducha, entre mis dedos cuando le acariciaba la cabeza. Una mañana me pidió que se lo cortara. Lo hice. No hablamos mientras lo hacía. Después barrí el suelo y tiré el pelo a la basura. Hay cosas que uno aprende a hacer sin que nadie le explique cómo. Traje el *Quijote* de casa el primer día.

Lo tenía en una estantería desde hacía años. Lo había empezado dos veces, quizá tres. Siempre llegaba un momento en que encontraba una excusa para dejarlo. Era demasiado largo, demasiado antiguo, demasiado lleno de palabras que exigían una atención que yo nunca tenía. Me pareció una buena ocasión para terminarlo. Es curioso lo que uno llama una buena ocasión cuando no quiere reconocer que está asustado. Así que leo por las noches.

Leo mientras duermo. Leo cuando no puedo dormir. Leo cuando el pasillo se queda vacío y la luz blanca de los tubos de neón deja sobre las paredes ese resplandor frío y cansado que tienen los hospitales de madrugada. Leo a Cervantes mientras una máquina marca el ritmo de su respiración. Anoche alcancé el famoso pasaje de los molinos de viento, el capítulo VIII de la primera parte. Allí estaba Sancho. Y entonces dejé de leer. Había pensado muchas veces en don Quijote. En los molinos, en su locura, en aquella manera suya de mirar el mundo y empeñarse en que fuera distinto. Pero anoche no pensé en don Quijote. Pensé en Sancho. Pensé que durante cuatrocientos años hemos estado mirando al hombre que lucha contra los gigantes y apenas hemos mirado al hombre que espera junto a él después de la batalla. Sancho sabe que los molinos son molinos. Eso es lo extraordinario. Don Quijote ve gigantes. Sancho ve molinos. Y, sin embargo, sigue caminando con él. Creo que ahora empiezo a entender por qué. El crío también tiene un gigante delante. No sé cómo llamarlo. Prefiero no llamarlo. Hay cosas que, cuando se nombran, parecen adquirir todavía más cuerpo. Él lo ve de una manera que yo no puedo ver. Yo veo números en una pantalla, bolsas colgadas de un soporte, médicos que hablan en voz baja, pastillas, horarios, una habitación blanca y una cantidad absurda de días que se parecen demasiado unos a otros. Él ve otra cosa y solo sé que yo no puedo vencerla por él. Ese es el descubrimiento más duro que alguien puede hacer: descubrir que amar a alguien no significa tener el poder de salvarlo. Cuando son pequeños basta con cogerlos en brazos. Si se caen, los levantas. Si tienen fiebre, les das agua. Si tienen miedo, enciendes la luz del pasillo. Durante años uno construye, sin darse cuenta, la ilusión de que siempre podrá interponerse entre ellos y el mundo. Hasta que llega algo contra lo que no sirve ponerse delante. Entonces solo queda quedarse. Eso hizo Sancho. No derrotó a los gigantes. No curó a don Quijote de su locura. No consiguió que el mundo se pareciera al que su amo imaginaba. Lo acompañó. Y ahora pienso que quizá hemos entendido mal la palabra heroísmo. Nos gustan demasiado los hombres que vencen. Nos gustan las batallas, las armaduras, las victorias: los Vengadores reuniéndose cuando todo parece perdido para evitar el chasquido de Thanos, los *edits* de *Tik Tok* con Rodri levantando la Copa del Mundo de fútbol bajo una lluvia de confeti, la euforia de Rosalía ganando un Grammy entre miles de flashes, la fotografía del atleta justo después de cruzar la meta. Nos gusta ver el instante en que alguien vence, cuando la batalla termina y todo el mundo sabe quién ha

ganado. Nos cuesta, en cambio, mirar al hombre que lleva veintiuna noches durmiendo en un sillón reclinable, que sale de la habitación para llorar en el cuarto de baño y vuelve antes de que él despierte, que aprende a poner una pajita en un vaso sin derramarlo, que pregunta tres veces al médico lo mismo porque no ha entendido la respuesta, pero le da vergüenza reconocer que tiene miedo. Ese hombre no parece un héroe. Yo tampoco. Por las mañanas sigo teniendo que contestar mensajes del trabajo. Hay facturas que siguen llegando. En casa hay ropa sin doblar.

El coche lleva semanas sucio. Mi madre me pregunta si he comido y casi siempre digo que si aunque no sea verdad. La vida no se ha detenido. Solo se ha vuelto insoportablemente pequeña. Ahora sé que cuidar a alguien es cargar con su vida sin poder dejar de cargar con la propia. Es llevar dos pesos al mismo tiempo. Es querer dormir y no dormir. Es echar de menos tu casa mientras estás deseando que llegue el momento de regresar a ella con la persona que ahora ocupa la cama de al lado. Sancho tenía a Teresa, sus hijos, su casa, sus animales, los trabajos de la aldea y esa vida pequeña que no parece una aventura hasta que uno tiene que dejarla atrás. Tenía una mujer que sabía quién era y cuánto valía, una hija que crecía lejos de él y una casa a la que pertenecía incluso cuando estaba fuera. Dejó todo eso más de una vez por seguir a un hombre que veía gigantes donde él veía molinos, caminos donde él veía polvo y promesas donde él veía, seguramente, muchas posibilidades de acabar apaleado. Y, aun así, volvía con don Quijote. Quizá ahí esté su verdadera grandeza. No en que fuera valiente. No en que fuera bueno. Ni siquiera en que fuera fiel. Sino en que siempre volvía. He cerrado el libro. Él duerme. La bolsa naranja está casi vacía. Dentro de unas horas vendrán a cambiarla. Después traerán el desayuno. Después el médico. Después las preguntas. Después otra espera. Miro el reloj. Son las cuatro y veinte. A las seis volverá a amanecer. Durante años pensé que la vida consistía en conseguir tiempo para hacer las cosas que quería. Ahora sé que consiste, algunas noches, en esperar a que pasen las horas sin que ocurra nada malo. Me levanto para acercarle la manta. Él abre los ojos.

—¿Estás ahí?

—Sí.

Cierra los ojos otra vez. Me siento. Cojo el Quijote. Y sigo leyendo. Sancho sabe que los molinos son molinos. Y, sin embargo, sigue caminando con él. Solo podemos hacer una cosa. Quedarnos. Y volver. Porque mañana habrá que volver.

Finalista, Sexto puesto: Diploma

FÉLIX LÓPEZ RODRÍGUEZ (Roquetas de Mar, Almería, ESPAÑA)

Los perros de Alcázar

Mateo Martín llegó desde Madrid a Alcázar de San Juan con una libreta, una maleta y una obsesión que no pagaba billete: encontrar los perros de la frase «Ladran, Sancho, señal que cabalgamos». Era periodista de sucesos, de esos que preguntan hasta que alguien se enfada, se ilumina o confiesa. Indagó en la estación, en la plaza y hasta con un perro dormido junto a una sombra. Nada. Una mujer, con outfit de Dulcinea, le soltó al pasar:

—Aquí ladran los perros, los recibos y hasta el alcalde cuando hay pleno, pero a Cervantes conviene leerlo antes de citarlo.

A media tarde, Mateo entró en La Viña E, taberna fundada en 1917 por Macario Vaquero, corredor de vinos. Pidió un tinto, una tapa de duelos y quebrantos y repitió su pesquisa. El camarero iba a sonreírle con compasión cuando se sentó frente a él un hombre bajo, redondo, de ojos vivos y chaleco oscuro, tan parecido a Sancho Panza que parecía haberse escapado de una estampa para pedir la cuenta.

—Me llamo Juan del Vino —dijo—. No por vicio, que quede en acta, sino por linaje: en esta tierra, cuando el vino no es bebida, es pariente próximo.

Mateo abrió la libreta. Juan se la cerró con dos dedos.

—Primero bebamos. La verdad, cuando viene seca, parece sermón de cuaresma.

Pidieron Hideputa, crianza cervantina de nombre bravo y paso fino. Juan lo olió con gravedad de juez y alegría de monaguillo.

—Esto sí lo habría entendido Sancho sin prólogo, sin nota al pie y sin pedir permiso al cura.

Mateo explicó su pesquisa: buscaba el ladrido original, la prueba de que la frase seguía viva en Alcázar. Juan soltó una risa breve.

—Ay, señor periodista, esa sentencia es más falsa que yelmo de barbero vendido por corona. Cervantes no la escribió ni con tinta, ni con sueño, ni con vino. Viene de otros caminos: Goethe, en 1808, dejó en su *Kläffer* unos ladridos que probaban que se cabalgaba; y por Oriente corre aquello de que los perros ladran, pero la caravana pasa. Después llegó la gente, que es modista de disparates, y le cosió un Sancho para que sonara a polvo, a refrán y a La Mancha.

—¿Entonces Sancho no dijo nada? —preguntó Mateo, viendo morir su titular.

—Sancho dijo suficiente para no pedir limosna ni abogado —respondió Juan—. Le sobraban refranes y le faltaba cursilería: quien a buen árbol se arrima, buena sombra le cobija; no con quien naces, sino con quien paces; vísteme despacio, que tengo prisa. No le colguemos cascabeles ajenos al escudero, que el burro ya venía servido.

Al decirlo, la botella de Hideputa relumbró, el corcho saltó solo y en la pared se abrió una rendija. Del otro lado venían polvo, campanas y olor a mula.

Mateo sacó el móvil. La pantalla avisó: «Sin cobertura desde 1605».

—Ni *roaming* ni milagros —murmuró.

Un parpadeo después caminaba con Juan del Vino por un Alcázar de San Juan antiguo y reconocible. Tres perros flacos armaban pleito junto a un horno.

—¡Son ellos! —susurró Mateo.

—No se precipite —dijo Juan—. Esos ladran al panadero, que les debe huesos, honradez y dos mendrugos.

Al fondo apareció un caballero largo, montado en un caballo hecho de paciencia, y a su lado un escudero redondo. Mateo miró a Juan del Vino, miró al otro Sancho y no supo cuál era espejo, cuál milagro y cuál pediría antes la cena.

El caballero oyó los ladridos y preguntó si anunciaban aventura o encantamiento. Mateo abrió la boca, ya armado con la cita falsa. Juan se la tapó con una corteza de pan.

—No manche vuesa merced la historia con refrán de contrabando. Si ladran, será porque son perros; si cabalgamos, porque hay camino; y si no hay camino, ya vendrá un loco honrado a trazarlo con la punta de la lanza.

Sancho, el verdadero, olió la botella que Juan del Vino llevaba al cinto.

—Buen vino —dijo—. Tiene patria, crianza y lengua para defenderse solo; no como algunos caballeros, que necesitan escudero hasta para equivocarse.

Luego pasó una liebre, y los perros olvidaron la literatura.

La botella volvió a brillar y Mateo cayó de nuevo en La Viña E con polvo en la chaqueta y una certeza incómoda: había viajado cuatro siglos para comprobar que una frase falsa podía tener más vida que muchas verdaderas. En la libreta encontró una línea escrita con letra ajena: «Sancho basta y sobra». Al fondo de la taberna, con una guitarra vieja, un tal Sabina cantaba: «Carne de Cañón. Sancho y Don Quijote. Mortadelo y Filemón».

Juan del Vino se puso en pie.

—Escríballo así, plumilla: a Cervantes no le faltó imaginación; nos sobra a nosotros descaro para prestarle lo que no dijo. Y a Sancho déjelo quieto, que bastante tuvo con gobernar ínsulas sin aprobar presupuesto, sin asesores y sin canapé.

Salió de la taberna como quien sale de una página. En la puerta desamarró un caballo que nadie había visto llegar y se perdió por las calles de Alcázar de San Juan. Desde bodegas, portales, ventanas y azoteas ladraron los perros del vecindario: unos con rabia, otros con fiesta, otros por no ser menos. Mateo Martín no supo si lo despedían, lo acusaban o le daban escolta. Juan del Vino volvió apenas la cabeza y dijo, no como cita, sino como quien estrena una verdad propia:

—Ladren cuanto gusten; señal de que todavía cabalgo.

Y Mateo comprendió que algunas frases no vienen de donde presumen, sino de donde encuentran boca, vino y caballo para seguir andando.

Finalista, Séptimo puesto: Diploma

YUDID BERTHA IRIONDO TORREZ (La Paz, BOLIVIA)

Pensamiento de Sancho Panza sobre las ínsulas que ya no existen

Anoche, que no pude dormir, me puse a pensar, como suelo, con más panza que cabeza, y caí en la cuenta de que en este siglo todo el mundo anda buscando su ínsula, igual que yo la busqué en el mío, solo que ahora las ínsulas no se gobiernan con vara de justicia sino con un aparato pequeño que la gente lleva pegado a la mano, como si fuera un escudo, o una limosna, o una condena.

Yo goberné mi ínsula Barataria diez días y aprendí, en diez días, más de la vida que mi amo en toda su lectura de libros de caballerías. Aprendí que el poder pesa, que la justicia cansa, y que un hombre sencillo puede juzgar mejor con el sentido común que un sabio con mil leyes, si al sencillo no le quitan la vergüenza y al sabio no le sobra la soberbia. Eso lo aprendí gobernando una isla que no era isla, sino tierra firme con nombre de burla. Y pienso ahora que las ínsulas de hoy son parecidas: nombres de burla puestos a cosas que no son lo que prometen.

Porque he visto, en este tiempo donde ando sin saber bien cómo, que la gente joven persigue una ínsula que llaman fama, o seguidores, o me gusta, y que gobiernan ese reino desde una silla, sin viento ni sol, sin campesinos que les traigan quejas ni enemigos que les pongan a prueba el valor. Gobiernan pantallas y las pantallas los gobiernan a ellos, que es gobierno al revés, como quien monta el asno mirando para la cola.

Don Quijote, mi amo, se armó caballero para deshacer entuertos que casi siempre eran molinos, o rebaños, o cueros de vino, y aun así, en su locura, había una verdad que a mí se me quedó clavada como espina buena: que vale la pena salir de casa a intentar algo, aunque el mundo se ría, aunque el cuerpo se rompa contra la aspa. Ahora veo a muchos que no salen de casa para nada, que pelean batallas enteras sin levantarse de la silla, que ganan islas enteras de aplausos sin haber ayudado a nadie a levantar una piedra.

No digo yo que esté todo perdido, que Sancho fue siempre más de esperanza que de queja, aunque le gustara refunfuñar por el camino. Digo que hay que mirar bien cuál es la ínsula que se persigue. Si es una ínsula de verdad, con gente a la que servir, con hambre que remediar, con vecino al que ayudar a cargar el saco, bien vale gobernarla, aunque sea pequeña y aunque nadie la aplauda. Pero si la ínsula es solo un espejo donde uno se mira

para sentirse grande, ésa, aunque tenga mil súbditos que aprieten un botón para quererla, es una ínsula falsa, de las que se hunden en cuanto uno deja de remar.

También pienso, y esto me da más tristeza que orgullo, que en mi tiempo el hambre era hambre de pan, y ahora he visto hambre de otra cosa que no tiene nombre claro: hambre de que alguien te mire, hambre de que alguien diga que existes. Y a esa hambre no la calma ningún banquete de bodas de Camacho, por muy grande que se haga la mesa, porque no es el estómago el que pide, sino un vacío que se abre más cuanto más se le echa de comer con vanidad.

Mi amo murió cuerdo, que es la mayor tristeza de su historia, porque murió sabiendo que sus gigantes fueron molinos y que su Dulcinea fue Aldonza, y que, aun así, cuerdo del todo, no dejó de haber querido lo bello imposible mientras tuvo fuerzas. Yo, que fui siempre el de los pies en el suelo, he terminado por pensar que hace falta un poco de locura de la buena, la que sueña ínsulas que valgan la pena, para no quedarse uno solo con el pan de cada día y sin ninguna hazaña que contarles a los nietos.

Así que si alguno de este siglo me pregunta qué haría yo, Sancho Panza, gobernador que fue de burlas convertidas en veras, le diría esto: busca tu ínsula, que buscarla no es pecado. Pero antes de gobernarla, pregúntate si en ella cabe alguien más que tú. Si cabe, gobiérnala con la vara torcida que tenga, que ya la enderezarás con el tiempo. Si no cabe nadie más que tú, no es ínsula, es espejo, y de los espejos, ya se sabe, no se saca gobierno, se saca solamente vanidad y, al final del día, mucha soledad.

Con esto me quedo tranquilo, y me vuelvo a la cama a soñar, no con gigantes ni con pantallas, sino con un pedazo de queso, un trago de vino y un amo, loco pero bueno, esperándome mañana en el camino para seguir buscando, los dos juntos, alguna ínsula que de verdad merezca la pena ser gobernada.

Finalista, Octavo puesto: Diploma

DIANA DE LOURDES BES (San José Entre Ríos, ARGENTINA)

La herencia de la tierra nueva

Sancho Panza, aquel campesino tozudo y bonachón, había aprendido a caminar entre sueños ajenos. Durante años, su andar estuvo marcado por la agudeza y la voz de aquel Caballero de la Triste Figura, que veía gigantes donde solo se plantaban molinos y adivinaba castillos donde apenas se levantaban ventas polvorientas. Sancho, con una paciencia tan ancha y parda como la mismísima tierra, acompañaba esas visiones, sosteniendo con el puntal de sus refranes la bendita locura de su señor. Fue espejo y complemento de don Quijote: el realismo y la experiencia terrenal frente al desborde idealista; discípulo y maestro, aprendiz y enseñante de humanidad en cada aventura.

En la España de los primeros años del siglo XVII, mientras el reino se convulsionaba con expulsiones y mudanzas, la figura de Sancho quedó en la memoria popular como emblema de fidelidad, empatía y sabiduría cotidiana. En caminos y plazas prendían sus dichos, y su voz, llena de refranes viejos, se volvió un eco familiar que aconsejaba mirar la vida desde la humildad del suelo. Sin embargo, el tiempo desgasta incluso la madera de la lealtad más firme. Alrededor de 1610, cuando las andanzas empezaban a cobrar el precio del cansancio, Sancho se preguntó si su propia existencia no sería un reflejo desvaído de los delirios de otro. La fidelidad lo había engrandecido ante la mirada ajena, pero también lo había encadenado a batallas que no siempre tenían sentido para un hombre de paz.

En la quietud de sus noches brotó una certeza tan clara como el agua de un pozo: antes de que los años le quitaran el aliento, debía buscar un destino propio. La promesa de una ínsula, más que un título, había sido un consuelo; ya había probado el sinsabor de gobernar una ínsula de burlas. Fue entonces cuando, en los mesones, le llegó el rumor de mares lejanos. Las Indias Occidentales —decían los marineros— ofrecían aire limpio y tierras donde los hombres podían reinventarse sin linajes ni prebendas. Sancho soñó por primera vez con ser sembrador de su propio futuro.

La despedida de su amo, que había recobrado la cordura, fue un acto de silenciosa nobleza. No hicieron falta reproches ni lágrimas ruidosas; bastó un abrazo apretado que contenía, en el crujido de las viejas armaduras, toda la historia compartida por los campos de Montiel y las riberas del Ebro. En ese instante, creyó escuchar una divisa que resumía sus vidas: saber que el ladrar de los perros en el camino es señal de que se avanza.

Comprendió que su andar junto al hidalgo había dejado una huella imborrable en la vieja Europa: la certeza de que las empresas más imposibles a veces mueven el corazón del mundo.

Pocos días después de aquella despedida, cuando en la casa de don Quijano se anunciaba una enfermedad que acabaría en su muerte, Sancho tomó la decisión que había madurado bajo noches de desvelo. No partiría solo. A su lado viajaron Teresa Panza, su esposa firme y decidida, y los hijos por quienes en casa esperaban pan y cuentos. Teresa, que había soportado burlas y promesas incumplidas, pensó que la oportunidad de un comienzo valía más que quedarse a la sombra de una fama ajena. Se hicieron los preparativos con la premura de quien sigue un llamado vital; cargaron al Rucio con sus pocas pertenencias y la familia emprendió la travesía atlántica en la penosa bodega de un galeón, con esa mezcla de esperanza y pena propia de todo abandono de lo conocido.

Durante los largos meses de viaje, hacinados en penumbras que olían a sal y madera, Sancho cuidó del Rucio con esmero casi sagrado. Le hablaba en voz baja mientras Teresa arrullaba a los niños y les contaba historias para que aprendieran refranes nuevos y palabras de aliento. Sabía que en los ojos mansos del burro viajaba el último pedazo vivo de su historia castellana. El mar inmenso se abría ante ellos; cada ola parecía repetir que la vida es movimiento constante, que no existen destinos fijos y que tanto el hombre como el animal se van templando en la mudanza de los caminos. Sancho, humilde y terco, se transformaba palmo a palmo en inmigrante; Teresa, prudente y práctica, se convertía en timón del hogar en tránsito; y los niños, entre el miedo y la curiosidad, recogían el don de la narración y la promesa de una tierra por nombrar.

El desembarco tuvo lugar en las costas de la Gobernación del Río de la Plata, una franja austral despoblada y ruda, muy alejada de las pompas coloniales del norte. En una aldea de Buenos Aires, azotada por el viento del río y el aislamiento, Sancho no buscó prebendas ni títulos de nobleza. Solo pidió un pedazo de tierra para labrar, una comunidad de hombres sencillos con quienes compartir el pan y una lumbre donde contar historias a los hijos. El Rucio, que ya arrastraba las patas por los años y el salitre, fue testigo de los primeros surcos que abrieron en el suelo americano. Era una tierra vasta que recordaba a La Mancha, pero sin castillos ni hidalgos; una geografía virgen que demandaba brazos y paciencia. Las huellas del burro sobre el barro de las riberas del Plata parecieron sellar el acta de nacimiento de otra dinastía.

Bajo el cielo inmenso del sur, Sancho descubrió que la más alta aventura no consistía en enderezar entuertos ajenos, sino en vivir con los pies firmemente hundidos en el barro y el corazón desvelado hacia el porvenir. Su legado no sería solo haber sido el escudero que cuidó la espalda de un loco, sino el de un hombre común que transformó la locura en

sabiduría y la servidumbre en una luminosa libertad. En cada semilla de trigo que dejaba caer, en cada relato transmitido junto al fuego, Sancho entregaba la herencia de su viaje: la convicción de que cualquier vida, por humilde que sea, merece fundarse sobre la dignidad; y que, para alcanzarla, a veces, hay que decir adiós a todo lo conocido.

Con el paso de los años, el nombre de Sancho Panza dejó de ser solo el recuerdo de un escudero para convertirse en leyenda entre los pobladores. Sus hijos escucharon junto al fuego no solo refranes, sino principios: la honestidad del trabajo, la hospitalidad sin estratos y la idea de que la dignidad se conquista a mano abierta. La pequeña parcela que fundó se convirtió en escuela de paciencia y justicia; la gente acudía a pedir consejo, no porque Sancho fuese sabio de biblioteca, sino porque su vida era una lección. Gobernar bien un trozo de tierra resultó, para muchos, un gobierno mejor que el de quienes aspiran a coronas. Así, su herencia fue más que posesiones: fue un modo de estar en el mundo, una tradición práctica transmitida en historias, surcos y panes compartidos.

Finalista, Noveno puesto: Diploma

EVA FREIRE SEOANE (Ponferrada, León, ESPAÑA)

La medida

Sancho hundió el celemín en el montón y volvió a contar. Tres celemines le faltaban para completar las cuatro fanegas de la simiente. Había rebañado dos veces el suelo del granero y las dos veces la medida se le quedaba corta antes de terminar la cuarta fanega. Pasó la mano por el borde de la madera para quitarle el polvo acumulado y volvió a hincar los dedos en el grano. Estaba frío y duro bajo las uñas, apretado por la humedad que subía de las losas. Buscó junto al muro, apartó un poco de paja y rascó con la yema del pulgar en las junturas hasta sacar dos granos secos que echó de nuevo al montón. No bastaba.

El trigo para la casa estaba contado aparte, en el saco pequeño de la cocina. Aquello era para el pan de la familia hasta la siega; si se acababa antes, habría que echar mano de la simiente. Sancho miró la pila mermada. Volvió a pasar los dedos por el grano, pero solo halló cáscaras, polvo y algún tallo seco. Cerró la mano sobre el trigo y la abrió despacio, dejando caer los granos entre los dedos.

Iba a medir por tercera vez cuando sonó el golpe en el portón. Fue un golpe seco en la madera, sin prisa. Sancho se quedó de rodillas sobre la paja, con el celemín lleno en el regazo, esperando un segundo impacto que no llegó. Escuchó el goteo del tejado en el patio y el leve crujido de la casa. Arriba no se oyó ningún movimiento. Dejó la medida en el suelo, se levantó y atravesó el portal con el candil en la mano. El frío de la noche se coló por la rendija antes de que terminase de descorrer el cerrojo.

Al otro lado aguardaba un mozo envuelto en una manta parda que le llegaba a los tobillos, con la cara flaca. Sancho entornó la hoja dejando apenas un palmo de luz y preguntó quién era a tales horas. La voz del mozo respondió baja y áspera: a la entrada del lugar le habían indicado que aquella era su casa. Sancho acercó la luz. La llama iluminó la mejilla, la boca y el cuello del desconocido, pero no reconoció aquellos rasgos desgastados. Fue un momento después, cuando el mozo encogió la cerviz y metió la cabeza entre los hombros con un tiritón, cuando a Sancho le volvió la memoria. Reconoció el gesto antes que el rostro: una encina, unas correas de cuero y la voz de su señor prometiendo que la justicia había quedado hecha. Sancho había estado allí y sabía también cómo había acabado todo.

—Mía es —dijo Sancho—. ¿Qué queréis?

—Pan.

Sancho no respondió enseguida. Miró la manta y cómo el muchacho descargaba el peso de una pierna en la otra para resguardarse del frío. Luego volvió la vista hacia la penumbra del portal, donde al fondo se adivinaba el rincón de la cocina. Recordó a Teresa inclinando el saco pequeño sobre la artesa y sacudiéndolo al final con los nudillos para despegar los últimos granos del fondo.

—Aquí no hay pan —dijo—. Tengo la simiente contada. No me sobra nada.

El mozo bajó la cabeza y se dio la vuelta. Sancho lo vio alejarse cojeando; la manta rozaba las piedras del callejón a cada paso, recogiendo el barro de la lluvia. Arrimó la puerta al marco y levantó la tranca de hierro, pero la mano se le quedó parada a mitad de camino. La barra pesaba en su palma, fría y maciza, sin llegar a encajar en la argolla. Fuera sonaron las alpargatas sobre la piedra mojada. Un paso. Otro. Sancho soltó la tranca.

Miró el hueco por donde entraba el vaho de la noche y volvió la cabeza hacia la sombra de la casa. En el piso superior se oyó el leve crujido de una madera.

Entró sin hacer ruido. El candil quedó atrás, en la entrada. Sancho avanzó a oscuras hasta el granero, guiándose por el tacto de las paredes, y se arrodilló sobre la paja. Metió las dos manos en el trigo. El grano le corrió entre los dedos, helado. Tres celemines. Sabía qué parte del campo quedaría sin sembrar: el arado pasaría por ella igual, pero no nacería nada.

No volvió a contar. Agarró el celemin con las dos manos y lo hundió en la pila hasta tocar las losas del suelo. Lo sacó lleno, pasó la palma pesadamente por el borde para dejar el grano a ras y se quedó un momento sosteniendo la madera entre los dedos. Luego salió al exterior sin coger el candil.

Alcanzó al mozo junto a la tapia del corral, donde el callejón se abría hacia el camino.

—Eh.

El mozo se detuvo, pero no se volvió de inmediato. Permaneció un instante de espaldas bajo la manta parda antes de girar el rostro.

Sancho le tendió la medida. El muchacho miró la madera llena de trigo y después a Sancho. Desató con los dientes el cordel del saco de arpillera que llevaba cruzado al pecho y sostuvo abierta la boca de la tela. Sancho inclinó el celemin. El trigo cayó dentro con un ruido sordo; algunos granos rebotaron contra el borde y quedaron dispersos sobre la tierra mojada. Cuando dejó de caer, volvió la medida y la sacudió una sola vez. No quedó nada. El mozo erró la arpillera, apretó el nudo y tiró una vez de la cuerda para asegurarse de que estaba bien cerrado antes de acomodarse el saco debajo del brazo y echar a andar.

Sancho permaneció allí hasta que el roce de la manta contra los abrojos se perdió en la noche.

Después regresó y cerró la puerta. Esta vez la tranca cayó en su sitio con un golpe seco. Entró y recogió el candil del suelo. La pila había quedado rebajada en el centro. El hueco de la medida se veía ahora limpio sobre las losas, mostrando la piedra desnuda. Sancho dejó la luz junto al muro y se sentó. Durante un rato miró el montón mermado. Luego cogió con las dos manos la medida vacía que había quedado sobre la paja.

No volvió a contar. Le dio la vuelta y la colocó boca abajo sobre la losa.

Finalista, Décimo puesto: Diploma

TOMÁS JORGE PÉREZ (Los Realejos, Tenerife, ESPAÑA)

Sin escuderos no hay héroes

Yo, Sancho Panza, escudero de don Quijote de la Mancha, he tenido mucho tiempo para pensar. No solo durante aquellos largos caminos polvorientos que recorrimos juntos, sino también después, cuando las aventuras quedaron atrás y los recuerdos empezaron a pesar más que las alforjas. Y he llegado a una conclusión que quizá sorprenda a muchos: los protagonistas rara vez brillan solos. Por muy altas que sean sus hazañas, por muy nobles que sean sus ideales, necesitan a alguien a su lado. Alguien que los acompañe, los contradiga, los consuele o, simplemente, los observe. Sin esa presencia, su grandeza se vuelve incompleta. Y si digo esto es porque conozco bien lo que significa caminar a la sombra de un héroe.

Mi señor don Quijote era un hombre extraordinario. Veía gigantes donde había molinos, castillos donde había ventas y ejércitos donde apenas se levantaban rebaños de ovejas. Muchos lo llamaron loco; otros, soñador. Yo mismo alterné entre una opinión y otra. Sin embargo, cuanto más tiempo pasé a su lado, más comprendí que su locura contenía una verdad profunda: la necesidad humana de perseguir ideales, aunque parezcan imposibles. Pero también entendí algo más. Si don Quijote podía mantener viva su visión del mundo era porque tenía a alguien que la escuchaba. Ese alguien era yo.

No digo esto por vanidad. No pretendo quitarle mérito a mi amo. Sería tan absurdo como afirmar que una sombra crea al hombre que la proyecta. Lo que quiero decir es que las historias se construyen sobre relaciones. El héroe necesita un espejo donde contemplarse, una voz que le responda. Cuando don Quijote hablaba de caballería, yo hablaba de comida; cuando él soñaba con la gloria, yo pensaba en el descanso; cuando él elevaba los ojos al cielo, yo los mantenía atentos al suelo. Y precisamente en ese contraste residía gran parte de la fuerza de nuestra historia.

A veces pienso que los lectores recuerdan nuestras conversaciones tanto como nuestras aventuras. ¿Qué habría sido de don Quijote sin alguien que cuestionara sus fantasías? ¿Quién habría mostrado la distancia entre el mundo real y el imaginado? Tal vez sus palabras habrían quedado suspendidas en el aire, sin eco. Porque un personaje secundario no solo acompaña al protagonista: le da profundidad, le permite revelarse. En cierto modo, ayuda a construirlo.

No somos los únicos. La literatura está llena de parejas en las que el personaje secundario resulta imprescindible para que el principal alcance su verdadera dimensión. Pensemos en Sherlock Holmes y el doctor Watson. Holmes posee una inteligencia prodigiosa, una capacidad de observación casi sobrenatural. Sin embargo, es Watson quien narra muchas de sus aventuras, quien traduce su genialidad para el lector. Gracias a él comprendemos mejor al detective. Watson no es un simple acompañante; es el puente entre Holmes y quienes leen sus historias. Sin él, el gran investigador sería más distante, menos humano.

También recuerdo a Frodo Bolsón y Sam Gamgee en *El Señor de los Anillos*. Frodo carga con una misión inmensa, la destrucción del Anillo, pero es Sam quien lo sostiene cuando las fuerzas le abandonan. Es Sam quien lo anima, quien lo protege y quien le recuerda por qué vale la pena seguir adelante. Muchos lectores han llegado a pensar que la verdadera grandeza de aquella epopeya reside precisamente en la lealtad de Sam. Sin él, Frodo no habría llegado al final de su camino.

Otro ejemplo admirable es el del capitán Ahab y Starbuck en *Moby-Dick*. Ahab representa la obsesión desmedida, la voluntad indomable que desafía al destino. Starbuck, en cambio, encarna la prudencia y la razón. Gracias a ese contraste entendemos mejor la tragedia de Ahab. El secundario funciona como una conciencia que ilumina las decisiones del protagonista y permite medir la magnitud de su caída.

Y qué decir de Harry Potter y Ron Weasley. Aunque Harry sea el elegido, el héroe destinado a enfrentarse al mal, Ron aporta amistad, humor y humanidad. A través de él vemos las inseguridades y dificultades cotidianas que equilibran la excepcionalidad del protagonista. Sin Ron, Harry correría el riesgo de convertirse en una figura demasiado distante. La amistad entre ambos es una de las razones por las que tantos lectores han sentido cercanía hacia la historia.

Durante años, muchos han considerado que los personajes secundarios vivimos en los márgenes de la historia. Parecemos condenados a ocupar un lugar discreto mientras los focos iluminan a otros. Sin embargo, esa visión es engañosa. El secundario es quien aporta perspectiva. Es quien hace preguntas cuando el héroe solo ofrece respuestas. Es quien introduce dudas cuando el protagonista parece demasiado seguro. Es quien recuerda los límites humanos cuando la grandeza amenaza con convertirse en abstracción.

Yo mismo aprendí mucho de don Quijote, pero también creo que él aprendió de mí. Al principio me veía como un escudero dispuesto a seguirlo. Con el tiempo descubrió que era algo más: un amigo. Y la amistad transforma a las personas. Mientras yo me contagiaba un poco de sus sueños, él se acercaba poco a poco a mi sentido práctico. Al final, ninguno de los dos era exactamente el mismo que al comienzo del viaje.

Quizá esa sea la verdadera función del personaje secundario: provocar cambios. No siempre mediante grandes acciones, sino a través de la compañía constante. Los protagonistas suelen enfrentarse a dragones, monstruos o enemigos formidables. Los secundarios, en cambio, luchamos una batalla distinta: la de permanecer a su lado. Puede parecer una tarea menor, pero no lo es. A veces acompañar exige más valor que liderar.

Por eso me gusta pensar que la literatura no pertenece únicamente a los héroes. Pertenece también a quienes los escuchan, los ayudan y los contradicen. Pertenece a Watson junto a Holmes, a Sam junto a Frodo, a Ron junto a Harry y a tantos otros cuyos nombres quizá se recuerden menos, pero cuya presencia resulta indispensable.

Si algo he aprendido de mi vida junto a don Quijote es que nadie alcanza la inmortalidad literaria completamente solo. Detrás de cada protagonista memorable suele haber un compañero que le da voz, contexto y humanidad. Tal vez no ocupe el centro de la escena, pero sostiene parte del escenario; tal vez no reciba los mayores elogios, pero contribuye a que otros los reciban.

Y si después de tantos años aún se habla de don Quijote, también se habla de Sancho. No porque yo fuera un héroe comparable a él, sino porque juntos formamos una historia más grande que cualquiera de los dos por separado. Porque el caballero necesitaba al escudero tanto como el escudero necesitaba al caballero. Y porque, al final, la literatura nos enseña una verdad sencilla: las grandes aventuras no se construyen en soledad; se construyen caminando al lado de alguien.

Sancho le tendió la medida. El muchacho miró la madera llena de trigo y después a Sancho. Desató con los dientes el cordel del saco de arpillera que llevaba cruzado al pecho y sostuvo abierta la boca de la tela. Sancho inclinó el celemín. El trigo cayó dentro con un ruido sordo; algunos granos rebotaron contra el borde y quedaron dispersos sobre la tierra mojada. Cuando dejó de caer, volvió la medida y la sacudió una sola vez. No quedó nada. El mozo cerró la arpillera, apretó el nudo y tiró una vez de la cuerda para asegurarse de que estaba bien cerrado antes de acomodarse el saco debajo del brazo y echar a andar. Sancho permaneció allí hasta que el roce de la manta contra los abrojos se perdió en la noche.

Después regresó y cerró la puerta. Esta vez la tranca cayó en su sitio con un golpe seco. Entró y recogió el candil del suelo. La pila había quedado rebajada en el centro. El hueco de la medida se veía ahora limpio sobre las losas, mostrando la piedra desnuda. Sancho dejó la luz junto al muro y se sentó. Durante un rato miró el montón mermado. Luego cogió con las dos manos la medida vacía que había quedado sobre la paja.

No volvió a contar. Le dio la vuelta y la colocó boca abajo sobre la losa.



SOCIEDAD CERVANTINA
DE ALCÁZAR DE SAN JUAN

